



Todas cuantas comedias Jackson escribe,
el público, *seguido*, se las recibe.
¡Por eso gana
un dineral de perros á la semana.

Madrid 7 de Noviembre de 1892.

¡VAMOS A CUENTAS!

A MI AMIGO DON VICENTE DÍEZ DE TEJADA

(Véase el número anterior.)

¡A mí, Vicente amigo, no me la pegas!
Tus cuentas me resultan *cuentas galanas*.
Alguna renta tienes, y nos la niegas.
¡No es posible la vida con lo que ganas!

Además de tu paga, yo me imagino
que tienes otra clase de emolumentos...
¡Porque yo sé lo caro que está el tocino,
los huevos, las patatas y los pimientos!

Por sólo *cinco reales*, como supones,
no habrá nadie en el mundo que te alimente...
¡a menos que te nutras de cañamones
y no pruebe tu cuerpo cosa caliente!

No hallarás pupilaje sin que *derroches*
lo menos dos pesetas todos los días.
¡Y te dolerá el vientre todas las noches
de cenar, a diario, tantas judías!

Y de tales patronas, aunque las pinches,
sólo obtendrás cocido, sólo ensalada!;
y cuando te levantes de entre las chinchas,
¡chocolate con pelos de la criada!

De un colchón, que por lana tiene mendrugos,
te harán las pulgas fieras saltar de un brinco,
cebándose en tu cuerpo como verdugos...
¡Esto por *ocho reales*! ¡Conque por *cinco*!...

¿Dos reales al sereno por alumbrarte?
¡No lo creas! son cuatro. Si le das menos
te pasa con el chuzo, de parte a parte!
¡Tú no sabes qué brutos son los serenitos!

¿De lavado y planchado la cuenta llevas,
y, al mes, catorce reales estás pagando?
¡Entonces, tú te mudas *de higos á brevas*!
¿No te pica la espalda de vez en cuando?

Pues, ¿y las medias suelas? ¿Quién imagina
hallar un zapatero tan tolerante?
¡Te pondrá los tacones de percalina
y *echará*, en vez de suela, papel secante!

¡No, querido Vicente, no nos la pegas!
Tus cuentas no resultan cuentas cabales!
Alguna renta tienes, y nos la niegas!
¡No es posible la vida con *siete reales*!

Sabemos que esas plazas de temporero
se han hecho para *chicos de buena casa*
á quienes su familia manda dinero
para que aquí, en la corte, gasten sin tasa.

El que creó esas plazas, pensó en los ricos
que, como casi nunca saben qué hacerse,
¡claro! por no aburrirse, los pobres chicos...
¡hacen guardias de noche, por distraerse!

ESTEBAN MARÍN.

Noviembre, 1892.

EL PARRICIDIO DE CRÍSPULO

Don Crispulo había nacido para ser feliz, y, sin embargo, ¡ay! no lo era.

Su primera calaverada fué ingresar en aquéllo de los calderos: en el telégrafo óptico. Después, burla burlando, llegó á ser oficial de línea, con caballejo y todo, y héte aquí al pobre D. Crispulo con su porvenir ya asegurado, y en disposición de ejercer de creador, creando una nueva familia.

Esto pensado, lo primero que hizo fué contárselo á su tía.

Porque D. Crispulo, en aquel entonces, tenía una tía completamente carnal, que estaba en los huesos.

Esta su tía, espíritu viviente de la golosina, era una pobre bruja, ligeramente zahorí, y con ribetes de sibila para andar por casa.

D. Crispulo sentía hacia ella un respeto rayano en idolatría.

En cuanto la pobre señora se enteró del caso que tan á mal traer traía á su sobrino, abrió el libro de lo porvenir, se comió un huevo duro, y dirigió á su sobrino la siguiente lacónica, pero terrible frase:

—¡Casate



Y D. Crispulo se casó.

Él, en sus frecuentes recorridas, había trabado íntima amistad con una muchacha *de tierra de Segovia*.



Era la tal mocetona robusta y bien formada, aunque de muy mal ver, á causa de un nublado que tenía en un ojo, de resultas de una caída que sufrió un domingo de Cuasimodo, á las dos y cincuenta minutos de la tarde.

Ya antes de este accidente desgraciado, que condenó á la infeliz á crepúsculo perpetuo, ella se llamaba Casimira.

Crispulo y Casimira se comprendieron, después de algunas explicaciones, y se casaron sin decir ¡Jesús!

Todo iba á pedir de boca, hasta que Casimira, un día de Noche-Buena, le dió la gran noche á su marido. Primero empezó á deshacerse en agua el nublado del ojo misterioso. Aquello era una catarata... (según dijo el médico). Después se le fijó un dolor de contrición, á la derecha según se mira; y por fin, se salió de madre.

D. Crispulo tuvo que dejar la zambomba que tocaba para distraer á la enferma, y hacerse cargo de algo que parecía un antojo de salmón.

Ello era el primer hijo de aquel feliz matrimonio.

Han transcurrido algunos años.

D. Crispulo no ha ascendido, y doña Casimira sigue afirmando que no es nada lo del ojo.

Serapio, el antojo de marras, es hoy una realidad como un becerro.

Cierto día—¡día terrible!—D. Crispulo y su señora se reunieron en consejo, después de haber jugado un tute *arrastrao*, vamos al decir, de muy mala manera.



Se puso sobre el tapete de la camilla el asunto del chico, y el padre, D. Crispulo, se expresó así:

—Nuestro hijo es una merluza, salva sea la comparación. Le he propuesto que estudie para veterinario, para bajo cómico, para ama de cría ó para académico de lengua. Todo inútil. Que aprenda el volapük; menos. Que se dedique al toreo, ó siquiera, siquiera, á crítico de teatros... ¡Nada!... ¡Yo, yo sólo me tengo la culpa, por ser un imbécil!

—Pero él, ¿qué dice que quiere ser?

—¡Lo que su padre!

—¿Imbécil?

—Na, hija mía, no... ¡Telegrafista!

—¡¡Cielos!!—exclamó doña Casimira, elevando los ojos al ídem.

Y después, ardiendo en la más profunda de las indignaciones, añadió:—¡Primero la muerte!... ¿Le has dicho que están aún los temporeros con siete

reales? ¿Que no cobran cuando están enfermos?... ¿Que tienen cédula de á diez realazos fuertes?... ¡Contesta, hombre, contesta!...

—¡Todo, Casimira, todo!

—¿Y qué has decidido?

—¡Matarle!

—... ¡Me parece mucho!!...

—¡No puede hacer más un padre amante por un hijo extraviado!

—¡Cómo ha de ser!.. ¿Y cuándo va á ser eso?

—Ahora mismo.

—¿No habrá derramamiento de sangre?

—¡Ni una gota!.. Mándale que entre.

—¿Serapio?...

Y Serapio se presentó ante sus padres comiéndose una hoja de escarola y terminando la construcción de un manipulador Morse, hecho con la suegra de una rosca y dos clavijas de bandurria.

Se le interrogó nuevamente; sus padres le amenazaron con energía desusada; le hicieron cosquillas en la nariz con una pluma de tordo virgen, que era el placer favorito de Serapio; lloraron, gimieron, y hasta bailaron las dos primeras figuras de las sevillanas... ¡Tiempo perdido!

El chico se agarró á su manipulador; empezó á transmitir un R. F. para Mazaruleque, y con el acento de la más firme resolución,

—No os canséis—dijo.—¡O telegrafista, ó *periespíritu*!

Entonces el padre lanzó un suspiro fúnebre por derecho propio, y sentenció:—¡Hágase tu voluntad!

—¡Serapio!... ¡Siéntate en esa silla, y escucha!

—¿Qué vas á hacer?—preguntó la madre?

—¡Sufre y espera!—contestó su iluminado esposo.

Serapio ocupó la silla indicada. Don Crispulo sacó del bolsillo un *oficio*, en el que se le ordenaba yo no sé qué, y procedió á su lectura. El chico la oía extasiado.

—¡Telegrafista puro!—dijo D. Crispulo tristemente, arrojando el papel al cesto del pan.—¡No se ha conmovido!...

Y á renglón seguido cogió *La Revista de Telégrafos*, y quieras que no, comenzó á leérsela al sentenciado.

Este principió á sentirse mal; su rostro cubrióse de mortal palidez, y un frío sudor inundó su frente. Amortiguóse su mirada... y soltó la rosca que conservaba ansiosamente entre sus manos... pero ello no pasó de ahí.

D. Crispulo, lee que te leerás... pero el víctima no dió un paso más hacia la muerte.

—¡Ni aun para esto vale!—rugió D. Crispulo estrujando el periódico.—¡No hay más remedio!

Y rebuscando en un montón de periódicos, halló un número de *EL TELÉGRAFO ESPAÑOL*; buscó en él un artículo, y principió á leer enérgica y pausadamente.

¡Cristo! ¡Aquello fué horrible! El pobre Serapio, al oír las primeras palabras del artículo que su padre leía, dió un grito feroz, angustioso, y con la agonía retratada en el semblante, prorrumpió en sollozos, exclamando:

—¡Por Dios, padre! ¡Un tiro! ¡Un rayo antes que eso!... ¡Piedad!... ¡Perdón!

Y lanzando un terrible aullido, cayó de espaldas. ¡¡Había muerto!!...

—¿Que le has leído?—preguntó la madre aterrorizada.



—La *Historia de la Química*, de Iglesias,—contestó el padre guardando el periódico.

Serapio fué hábilmente descuartizado y partido en trozos.

D. Crispulo ocultó los restos mortales en la despensa, y los espolvoreó abundantemente con sulfato de cobre, que le facilitaron en la oficina. Después, poco á poco, fueron entregando los trozos al aguador, haciéndole creer que era tasajo americano.



El parricidio quedó completamente ignorado del resto del mundo.

Hace pocas noches, D. Crispulo tuvo una consoladora visión.

Hallábase contemplando el paralítico escalafón del Cuerpo, y se le apareció Serapio, rodeada la cabeza por la aureola de los bienaventurados, y mostrando el célebre trozo de rosca convertido en manipulador.

De los labios del mártir brotaron estas beatíficas palabras:

—¡Gracias, padre, gracias!... ¡Recuerdos á Iglesias!

VICENTE DÍEZ DE TEJADA.

20 Octubre 1892.

CHARADA

Dos-tres-quinta de anchas alas
quinta-dos-cuarta severo,
 aunque un poco averiado
 por las injurias del tiempo.
 Es *dos-cuarta* de un hidalgo,
 y así á un *todo* habla sereno:
 —*Todo*, ¿vendes *prima-dos*?
 —Hidalgo, *cinco-dos* vendo.
 —¿Cuánto este *cinco-dos-cuatro*?
 —Dos escudos.

—Doy diez sueldos.

—Pues sin *una-dos* te vas,
Tres, que, aunque mala, la tengo.

Geroglífico



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

Á LA CHARADA

VEN-DI-MIA-DORA

AL GEROGLÍFICO

Hace cuatro ó cinco días
 que sólo como judías.

Telegramas en lista

Sr. D. A. M. R.—Cádiz.—Muchas gracias. Se le corresponde. ¡Y, á propósito! ¿Por qué no manda usted algo publicable?

Sr. D. F. R.—Málaga.—Queda usted complacido, y se insistirá si es preciso.

Uno de los de la cría.—Barcelona.—Si las composiciones no son demasiado serias, es decir, lloronas, también las *cobijaremos*, como usted dice.

Sr. D. T. P. L.—Madrid.—Yo... sí... lo publicaría; pero, ¿y si vamos todos á la cárcel? ¡Porque si ese soneto no está penado por el Código, la verdad es que debería estarlo!

Sr. D. L. D. Z.—Bilbao.—¡Si vuelve usted á hacer eso otra vez le regalo la «Historia de la Química», de Iglesias! Con que ¡mucho ojo!

M. Romero, impresor, Tudescos, 34.